

El espíritu de Nicolás (fragmento)

1



La habitación de Carlota y Arnau daba a Villavieja, una antigua masía rodeada de un bosque con árboles de todas las especies imaginables. Destacaban los abedules y los álamos de hojas temblorosas y centelleantes, los algarrobos de tronco torturado, y un roble centenario, patriarca de aquel mundo. Bullía de rumores y trinos, de sombras y brillos, de esencias que el viento arrastraba hasta la ventana de los niños como un regalo fugaz. A veces, un conejillo solitario —¡oh, sorpresa!—, los obligaba a bajar la vista al suelo. Cuando caía la tarde, un fulgor pálido flotaba indeciso sobre aquella masa ya no verde sino negra y, en un parpadeo, se desplomaba y desaparecía como si lo engulleran los árboles.

Cada mañana, al despuntar el día, la puerta de Villavieja se abría con un chirrido y escupía al porche sin fogosidades a Félix, un perro lanudo y reumático que había olvidado cómo ladrar. Detrás salía doña Juana Reverie, su dueña. Envuelta en su eterno chal negro, hiciera frío o calor, se entregaba con brío a sus quehaceres a pesar de ser tan vieja como Félix.

Barría el porche, regaba el jardín y el huerto. Allí, en el huerto, refunfuñaba contra el desorden de los tímidos nabos, cuyas cabezas lechosas asomaban entre un desparrame de hojas. Luego marchaba al corral, donde la esperaba una ruidosa banda de aves capitaneada por una gallina con ínfulas de gallo.

Desde la muerte de su marido, doña Juana se había vuelto esquiva con casi todo el mundo, pero no con Carlota y Arnau.

Ellos solían visitarla al volver del colegio: empujaban el portalón, entreabierto para ellos a esa hora, y la descubrían unas veces leyendo reconcentrada bajo el arce japonés escarlata —el árbol más espléndido no solo de Villavieja, sino del pueblo entero— y otras, en la cocina, con un pastel recién sacado del horno, preparada para contarles aventuras disparatadísimas de los habitantes del bosque y la granja.

En casa, los hermanos montaban sus propias versiones de aquellas historias, pero como su imaginación brotaba tan desordenada como el campo de nabos y cada uno se aferraba a sus ideas, las discusiones duraban mucho más que la función. En verano, su escenario favorito era la terraza: una jungla de plantas alumbrada por mamá con farolillos. Estos propiciaban un ambiente mágico, perfecto para invocar a los habitantes del bosque de doña Juana.

Aquella noche de verano, los desacuerdos fueron tan grandes que cada uno se fue por su lado: Carlota se estiró en la hamaca del porche y Arnau se refugió al otro extremo entre dos tuyas raquíticas, plantadas en sendos toneles, cuyas hojas le gustaba frotar para aspirar su olor afrutado. Desde allí vio brillar una lucecita en la negrura de Villavieja e imaginó a doña Juana leyendo en su viejo sillón de orejas.

En eso, un plof, como el de una manzana al caer, lo hizo saltar: junto a los toneles, una criatura de dos palmos de altura, piel cremosa y bigotes retorcidos, se frotaba la

cabeza con gesto de dolor. Arnau apretó los párpados; al volverlos a abrir, la criatura seguía allí, petrificada, los ojos enormes fijos en él. Corrió despavorido hacia el porche.

Su cara de pánico arrancó a Carlota una risita burlona.

—¿Qué has visto, miedica? ¿Un escarabajo con sombrero?
—Balanceó la hamaca con el pie.

—¡Un gnomo! —susurró él señalando los toneles—. ¡Hay un gnomo en las tuyas!

Carlota chasqueó la lengua con desdén.

—Arnau, tienes siete años: los gnomos no existen.

Él no se dio por enterado y continuó describiendo su visión. Al fin, la niña lo siguió a regañadientes, y por el camino se fue contagiando de su entusiasmo. Un gnomo podía convertirse en una auténtica estrella; en *la* estrella de aquel escenario tan suyo.

Absorbidos en su fantasía, ninguno de los dos reparó en el escarabajo iridiscente que pasó pegado a las macetas de gardenias, ni en la mariposa verde que revoloteó sobresaltada sobre el galán de noche. De haberlos visto doña Juana Reverie, entendida en plantas e insectos, se habría quedado boquiabierta. Un escarabajo *Chrysolina herbacea* en una terraza sin apenas humedad ni plantas de menta —su alimento exclusivo— le habría resultado tan insólito como encontrarse allí mismo una cebra comiendo pistachos. Y ni qué decir de aquella mariposa cejialba: que continuara viva a esas alturas del verano era algo jamás visto. El mundo estaba cambiando.

Ajenos a estos prodigios, los niños se aproximaron a los toneles. Con un valor del que careció en soledad, Arnau

inspeccionó la zona a fondo: sacudió las ramas, removi6 la tierra, volvi6 atr6s y hurg6 entre las gardenias y el gal6n de noche.

Carlota, cruzada de brazos unos pasos atr6s, exclam6 irritada:

—¿Sabes d6nde est6 ese gnomo?! ¡Dentro de tu cabeza de chorlito!

A Arnau se le llenaron los ojos de l6grimas, pero se gir6 para ocultarlas.

Entonces, un ulular cercano los hizo estremecer.

Resonaron unos pasos teatrales, y al instante reconocieron, aliviados, la figura de su padre.

—¡Caray, no pensaba asustaros tanto! —exclam6 6l, muerto de la risa—. Es un silbato de agua —a±adi6, mostrando un b6ho de hojalata que se ech6 al bolsillo—. Ma±ana os lo dar6 si os vais juiciosos a la cama.

**

Para Carlota y Arnau, irse a la cama era, como para todos los ni±os, una molesta interrupci6n del curso de la vida. Solo la mitigaban los cuentos y teatrillos de mam6; mas aquella noche ella estaba indispuesta y tuvieron que quedarse sin cuento. Carlota la abraz6 como si marchara al inframundo seis meses, y Arnau peg6 la oreja a su abultada barriga con la intenci6n de contar hasta cien los latidos del coraz6n de su futuro hermanito.

Pap6, en cambio, no fabulaba; prefer6 contarles curiosidades de la naturaleza, la geograf6a o de grandes obras

de ingeniería. En esta ocasión, quizá por cansancio, se limitó a hablarles de la feria que llegaría al pueblo al final del verano: podrían montar en todo tipo de atracciones, participar en rifas y atiborrarse de helados y chucherías.

Cuando se quedaron a solas en sus camitas, comenzaron como de costumbre a cuchichear. Carlota se debatía entre negar la existencia del *tal gnomo* y pedirle a su hermano una descripción más detallada. Arnau se hartó y le dio la espalda.

Sus párpados fatigados se entregaban ya al sueño, cuando la puerta se abrió con un leve chirrido. ¡Ni un balde de agua fría habría logrado despejarlos más!: la criatura que Arnau viera entre las tuyas apareció bañada por una lengua de luz trémula. Vestía un camisón verde chillón, zapatos a juego de punta enroscada, y caminaba bamboleándose al modo de un ganso. Aferrada a una punta del camisón, avanzaba otra figura semejante de menor tamaño. Arnau ahogó un grito con ambas manos. Los visitantes se detuvieron en seco —el más pequeño comenzó a hacer pucherros— y se dieron media vuelta, dispuestos a huir.

—¡No os vayáis! —imploró Carlota. Se levantó y fue hacia ellos despacio, como quien va al socorro de un ave herida—. No temáis —dijo tomando al más grande de la mano, la cual sintió húmeda y tersa como una patata cruda recién pelada.

Arnau, que observaba con medio ojo bajo la seguridad de la manta, asomó la cabeza.

El hombrecito dijo llamarse Eté y tener solo doce años, a pesar de su espeso bigote.

—¿ET, como el extraterrestre? —preguntó Carlota.

Él le lanzó una mirada cargada y se tragó un trozo del mostacho, que enseguida le volvió a crecer. Después bostezó.

La perspicaz Carlota se volvió hacia el más pequeño.

—Es mi hermano, Eteteté —explicó Eté, zafándose de él con súbita brusquedad, y fue a sentarse en un puf verde ácido, objeto de eterna disputa entre los niños. Eteteté no tardó en trepar y ponerse a su lado.

Arnau recobró la voz.

—¿Sois gnomos? ¿Por qué habéis venido? —preguntó.

—Fue idea de doña Gallineta —bufó Eté, luchando por mantenerse erguido en el puf.

—¡Me encantan las gallinas! —dijo Arnau entusiasmado.

—¿Guisadas? —repuso Eté muy serio.

—¡Claro que no! —mintió Arnau—. ¿Quién es doña Gallineta?

—Doña Gallineta me aseguró que en esta casa encontraríamos amigos...

—Pero, ¿quién es? —insistió Arnau, dando un golpe impaciente en la cama.

—¡No me interrumpas! —bramó Eté.

—¡Shhh! —chistó Carlota.

Eté enarcó las cejas, se atusó el mostacho y, ya apaciguado, agregó:

—Si os lo digo, ¿me dejaréis dormir de una vez? Aquí es imposible estarse sentado.

Los niños asintieron al unísono.

—Es la gallina que anda por Villavieja como Pedro por su casa. Doña Juana le consiente todo porque es una gran ponedora. Según ella, en esta casa se cuentan cuentos y no hay videoconsola.

—Así es —reconoció Carlota con tristeza.

—Esos aparatos, además de los móviles, los televisores y yo qué sé qué más mandangas electrónicas —manoteaba indignado—, nos están dejando a los duendes sin amigos.

—¡Ah, conque sois duendes, no gnomos! —exclamó Arnau—. ¿Cómo habéis venido hasta aquí? ¿Volando?

Été rio con ganas. A la vista estaba que él ni su hermano tenían alas sino un par de bracitos muy delgados.

—Subimos por la pared —dijo todavía riendo y enseñando sus manos palmeadas como las hojas de un arce.

—Trae mañana a doña Gallineta —pidió Carlota—. Quiero ver si de verdad habla.

—Pero bueno, ¿acaso sois tontos? Ella no puede escalar.

—¡Pues que venga volando! —le pareció obvio a Arnau.

Été sofocó la risa y se tragó de dos golpes el bigote entero, que al instante le volvió a crecer.

—¡Esa sí que es buena! ¡Doña Gallineta volando!

Dicho esto, agarró una manta que había en el puf y se arrebujó junto a su hermano —dormido hacía rato— y dijo para sí: «¡Doña Gallineta volando! ¡Espérate que lo cuente en el bosque!».

Un sopor viscoso les cerró los ojos a los niños. Fuera, un nubarrón rojizo cruzó el cielo, rumbo a Villavieja. Descendió despacio sobre el bosque, arrancándole quejidos y sollozos que acabaron confundándose con el canto de los grillos y el rumor de la autopista.